

4º. Domingo de Pascua. Año A

Lectio divina sobre Jn 10,11-18

Quizá no logre el evangelio hoy suscitar en nosotros los mismos sentimientos que suscitó en sus primeros oyentes: escuchar a Jesús que se presentaba a sí mismo como *el buen Pastor* debió sorprenderles, cautivarles incluso; cosa que difícilmente ocurre hoy con nosotros. Para un pueblo cuyos antepasados más gloriosos habían ejercido de pastores, y para quienes el oficio de pastor era una realidad cotidiana, la identificación de Jesús como el pastor bueno por antonomasia les debía resultar tan exagerada como entusiasmante: pastor de Israel era únicamente Dios y, si acaso, sus legítimos representantes, los reyes del pasado o el mesías que aún había de venir. Sin identificarse con esos pastores del pasado, Jesús quiso ser para su pueblo un pastor bueno: ¿qué pretendía decirles con ello? ¿qué les sugeriría esa con ello Jesús? Para hacérselo más comprensible, Jesús contrasta su comportamiento con los que no son pastores, por más que intenten parecerlo. Su relación con la grey delata su maldad.

En aquel tiempo, dijo Jesús:

¹¹«Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; ¹²el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estrago y las dispersa; ¹³y es que a un asalariado no le importan las ovejas.

¹⁴Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, ¹⁵igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas.

¹⁶Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño, un solo Pastor.

¹⁷Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. ¹⁹Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Jn 10 está concebido como un debate entre Jesús y los judíos en dos partes. En la segunda, ambientada en el templo (Jn 10,22-39), el conflicto se intensificará, tras haberse identificado Jesús con Dios. Nuestro texto, que pertenece a la primera parte (Jn 10,1-21), queda aun relación con la curación del ciego (Jn 10,21). Una doble alusión a la reacción de la audiencia (Jn 10,6.19-21) señala en ella dos secciones, introducidas por idéntica formulación (Jn 10,1.7), que son, en realidad, un único discurso de Jesús, basado en imágenes diferentes tomadas del mundo pastoril, una realidad a la que los oyentes de Jesús estaban bien familiarizados. Cada pastor, propietario o asalariado, tenía su propio ganado con el que convivía durante el día; antes de anochecer los diversos rebaños eran conducidos a un único aprisco, cuya puerta era custodiada por un guardián. Quien pensara en robar ovejas ajenas tendrían que entrar en el redil haciendo un hueco en el muro o saltándolo. Por las mañanas, bastaba que cada oveja oyera la voz de su amo para que saliera del redil y se dejara guiar por su pastor.

Jesús es el pastor verdadero, porque da la vida (Jn 10,11.14): arriesgar la propia vida por los demás, estar dispuesto a pagar con la propia existencia la salvación de su grey, hace *bello* al pastor. La belleza/bondad del pastor tiene que ver con su autenticidad, que se materializa en estar dispuesto a ser/hacer como debe. La expresión *exponer la vida por alguien*, rara en griego, es joánica (Jn 10,11.15.17-18; 13,37-38; 15,13; 1 Jn 3,16). El pastor asegura vida a sus ovejas, porque la expone por ellas; tal es su 'belleza'. Al arriesgar su propia vida, se legitima como auténtico pastor, lo contrario del asalariado, que trabaja por interés propio (Jn 10,12-13). El propietario tiene dominio sobre las vidas de quienes le pertenecen por estar dispuesto a morir por ellos (Jn 10,12-13.15.18). La imagen tendrá éxito en la comunidad primitiva (Hch 20,26-29; 1Pe 2,25; 5,1-2): los líderes cristianos, como Cristo Pastor, se legitiman como tales porque arriesgan la propia vida para que las de los demás se salven.

A la entrega de la vida se añade el conocimiento mutuo entre pastor bueno y rebaño como criterio que identifica el verdadero pastor. Desaparece el tono polémico: Jesús deja de perfilarse en contraste con los malos pastores y se detiene en la relación que mantiene con la grey (Jn 10,14-16) y con su Padre (Jn 10,16-18), una relación que es definida como *mutuo conocimiento*. Ese conocimiento, que lo convierte en verdadero Pastor, no es capacidad intelectual o aptitud psicológica; nace de la comprensión y de la confianza que surge natural en la convivencia vital y en la solidaridad permanente.

Este conocerse mutuamente que se da entre Pastor y rebaño (Jn 10,14) no es más que reflejo del conocimiento recíproco de Dios y su Revelador (Jn 10,15): la entrega de la propia vida *por* los demás surge del conocimiento bilateral que reina entre Jesús y el Padre. También aquí Jesús modela su actuación según la del Padre (Jn 8,28). La salvación

nace de, mejor *en, la intimidad intradivina*. El amor verdadero – la entrega de sí por quien se ama (Jn 15) – no puede nacer más que en la intimidad de Dios, quien entregó a su Hijo por amor a quien quería salvar (Jn 3,16-18). Conocer al Padre alimenta la entrega del Hijo.

El pastoreo que ejerce Jesús es no conoce límite, ni de espacio ni de tiempo: es universal y es futuro (Jn 10,16). Las ovejas pertenecientes al redil de Jesús no son únicamente aquellas a las que él se dirige, sino todas las que le hayan sido confiadas, cuantas le escuchen y reconozcan (Jn 8,47; 18,37), quienes permanezcan unidas bajo su liderazgo. Y es revelador que esta misión por venir y universal vaya ligada a su voluntad de entrega, que le consigue el amor paterno (Jn 10,17). El amor del Padre tiene su causa en esa entrega voluntaria. La muerte de Jesús está vista así no como injusticia, catástrofe o escándalo sino como acto soberano de libertad: en la entrega de la vida, en su sacrificio personal, se pone de manifiesto el amor del Padre.

Entregarse a la muerte no es para Jesús ineludible necesidad; no salva sin quererlo, sin querernos. Él tiene esa *potestad*. La salvación de la grey tiene, pues, dos protagonistas: el amor del Padre por el mundo desvelado en la entrega del Hijo (Jn 3,16) y el amor del Hijo por el Padre realizado en su dedicación a la grey (Jn 10,17). El Hijo asume la voluntad del Padre en libre obediencia; por su obediencia dispone de la capacidad de recuperar la vida entregada a los demás. Jesús Pastor es, pues, dueño de dar su vida y de recobrarla (Is 53,10-12): ése es su quehacer (Jn 10,18). Realizándolo se hace con el amor del Padre. Muerte – dar la vida- y resurrección – recuperarla – no son más que una única, e indisoluble, actuación salvífica (cfr. Jn 12,24).

El poder de Jesús, su voluntad de dar la vida y su capacidad de recuperarla, responde al querer del Padre. Su pastoreo es fruto, pues, de dos protagonistas: Dios que ama y su Hijo amado; ambos amores se realizan en la entrega de la vida que protagonizan Jesús, dándose, y el Padre, entregándolo. Quien se sabe salvado por Jesús se reconoce, pues, doblemente amado. El envío del Hijo, por parte del Padre, y obediencia al Padre, por parte del Hijo, dan vida a los hombres (cfr. Jn 12,49-50; 14,31). Muerte y resurrección de Jesús se presentan como ‘ordenadas’ por Dios y son aquí leídas con el amor como categoría: el amor que se verifica en la entrega de la vida y en el retomarla de nuevo no es amor humano, es amor (intra)divino. Y su fruto es la salvación del hombre. Pocas veces ha expresado el NT el misterio pascual de forma tan novedosa como profunda. La consecuencia es obvia, aunque no está aquí indicada: Quien vive a partir de esta entrega ha de vivir entregado a los demás (Jn 15,13; 1 Jn 3,16).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Respondiendo a una objeción de los fariseos, Jesús toma como motivo de su discurso una imagen familiar a sus oyentes, la del pastor. Y, lo que no es tan evidente, se identifica a sí mismo como pastor bueno. El conocimiento del rebaño es la razón de su bondad. Este conocimiento no es especulativo, sino experiencial, fruto de su donación por los demás y de su intimidad con el Padre: quien da la vida se autentifica como señor de la grey; quien conoce a Dios, conoce sus ovejas, las que tiene ya reunidas y las que le pertenecen. La entrega libre de la vida y el conocimiento que se logra por convivencia son los rasgos que caracterizan la bondad de Jesús Pastor. Una vida cristiana que no sepa disfrutar de la cercanía de Jesús o que ignore sus atenciones, no es auténtica; ya que no depende de la grey la guía y la compañía de su pastor. Pues siempre que se le tenga como tal, se podrá gozar de sus cuidados. En consecuencia, más que lamentarse por lo desasistidos que vivimos tendríamos que preguntarnos si pertenecemos, efectiva y afectivamente, al grupo del que Cristo Pastor se cuida.

La imagen del pastor tenía para los oyentes de Jesús una gran fuerza evocativa. Nosotros, quizá, tengamos que hacer un esfuerzo para entenderla: quien cuenta con un pastor sabe poder contar a diario con una guía para el camino que le es, al mismo tiempo, compañero, un dueño que vive sirviéndole, un guardián que le ayuda a encontrar comida y reposo. Apacentar implica autoridad indiscutida y entrega abnegada, superioridad reconocida y servicio permanente. Al presentarse como pastor Jesús pretendía proponerse como señor y como siervo, como guía y como compañero; se declaraba dispuesto a relacionarse con quien le quisiera como pastor, como un pastor bueno hace: conviviendo con quienes apacienta, compartiendo con ellos el cansancio y el reposo, el alimento y la necesidad, el sol y el mal tiempo, el día y las noches.

Más aún, Jesús llega a declararse dispuesto a perder la vida antes que perder el rebaño. Por eso es bueno como pastor, porque prefiere convivir con nosotros a vivir solo él, porque antepone exponer su vida antes que exponerse a perders. No es como el pastor asalariado, que vive de sus ovejas y que las deja cuando ve peligrar su propia vida. La voluntad de convivencia le ha llevado a Jesús a entregar su vida por nosotros: y no es que diga que piensa ser nuestro Pastor, que nos lo prometa ser un día; es que ya ha pagado el precio por serlo, muriendo por nosotros. Nos ha demostrado, pagando con su propia vida, su bondad.

Entonces, ¿a qué viene el sentirse abandonados por él, cuando presentimos el peligro y la adversidad? Si realmente creemos en lo que nos ha dicho, que quiere ser para nosotros un pastor bueno, ¿con qué derecho nos creemos solos e indefensos siempre que tenemos que encarar una dificultad o asumir un riesgo? Quien ha entregado su vida por nosotros, no nos podía otra prueba mejor de estar a favor nuestro. Quien renunció a vivir porque prefirió convivir con nosotros, no se echa atrás ante peligros menores y menores enemigos que la misma muerte.

Saberse apacentados por Jesús lleva a vivir sin temor la propia vida, sabiendo que nuestro presente está en buenas manos y que nuestro futuro está ya asegurado en quien amó su vida menos que la nuestra. No deberíamos nosotros, que

queremos tener como pastor a Jesús, contarnos entre quienes con más miedos y prejuicios, afrontan el mundo de hoy, el día de mañana: la certeza de tenerle junto a nosotros mientras caminamos por la vida y de tenerle a nuestra disposición siempre que seguimos sus caminos, nos ha de liberar de nuestros miedos y de la angustia que el mundo actual y el futuro incierto puedan producirnos: nuestra seguridad no se apoya en promesas por cumplir sino en hechos ya realizados: Cristo ha dado ya la vida libremente por nosotros y Dios le ha hecho, por ello, pastor de nuestras vidas.

Pero si aún no sentimos en nuestro corazón sus pasos, ni logramos descubrir sus huellas en nuestro entorno, si no nos es familiar el tono de su voz ni las exigencias de su voluntad, si es más grande nuestra ansia de seguridad que nuestra capacidad de satisfacerlas, si es mayor el peso de nuestra fatiga acumulada en tantos años de vida cristiana que el gozo de sabernos acompañados por Cristo, si nos creemos más desamparados, menos seguros, tan infelices como los demás, por ser cristianos, ¿no estará la razón en que, en realidad, no es Cristo nuestro Pastor? Habría que preguntarse hoy seriamente, en su presencia, si realmente nos estamos dejando conducir por él, si no nos habremos entregado a pastores asalariados, personas que no entregarán nunca su vida por nosotros a pesar de lo que nos prometan. Quizá nos estemos sintiendo tan desamparados sólo porque no seguimos al único Pastor bueno. Es posible que por haber dado nuestra confianza y nuestras vidas a quien no se las merecía, vivamos a la deriva nuestra fe y nuestra vida vaya a la deriva.

Es probable que éste sea nuestro destino, mientras continemos dejándonos conducir por quien no está dispuesto a morir por nosotros; es el mismo Jesús quien nos lo ha advertido: tener como pastores a asalariados lleva inevitablemente a ser presa de los lobos. Y esa, por desgracia, nuestra pequeña historia: hemos sido tantas veces víctimas de aquellos en quienes pusimos nuestra confianza, porque no nos atrevimos a confiarnos totalmente en Cristo. Sólo quien está dispuesto a entregar su vida antes que entregar su grey es un pastor digno de confianza, sólo quien prefiere convivir junto a nosotros que vivir sin nosotros merece ser seguido. Si con Jesús, buen Pastor, no nos sentimos suficientemente amparados, es que no es Jesús nuestro Pastor: él no quiere ser pastor, sin ser bueno. En él podemos cifrar, pues, nuestras esperanzas mejores, siempre que estemos dispuestos a seguirle a cualquier coste.

Y es una prueba más de su bondad que no haya querido dejarnos totalmente desasistidos, cuando él marchó junto a Dios y quiso que nos acompañaran pastores que le representen, hasta que él vuelva de nuevo. Hoy la iglesia universal celebra a Cristo Buen Pastor y reza por cuantos han sentido la vocación de imitarlo y de sustituirlo; debemos, en efecto, oraciones y nuestra simpatía a cuantos nos apacientan en nombre y con la autoridad del único Pastor, a tantos creyentes que han entregado su vida y su ilusión a la tarea de hacerse lugartenientes de ese Pastor. En su entrega generosa podemos vislumbrar mejor la entrega de Cristo Jesús, de quien son enviados. En su entrega siempre parcial podemos entrever la entrega indefectible de nuestro único buen Pastor: en ambos casos, los necesitamos. Aunque no logren ser tan buenos como los quisiéramos, son la imagen más cercana que nos queda en este mundo del Pastor bueno que necesitamos. Rezando por ellos los hacemos mejores y conseguimos tener a nuestra disposición pastores buenos que nos recuerden más fácilmente el rostro y la voz del Pastor bueno, Cristo Jesús. ¡Necesitamos tanto quedar bien guardados! Pidamos, pues, que Dios haga buenos a quienes nos dio como pastores.